

BORIS RAMÍREZ SERAFINOFF

Escritor y médico.

Mis problemas iniciaron cuando un reciente comunista me metió en la cabeza la duda metódica de la existencia de Dios: “¿existe Dios?”. “Sí”. “Es lo que le quieren hacer creer para que viva en pánico. Lo berraco es hacer las cosas bien porque se tiene una sola oportunidad”. “Ajá”. “Usted, pelao, no sabe nada. Usted se ha levantado dentro de un montón de católicos clase media burguesa que viven de rodillas alimentando esa transnacional”. “No sé, loco, da miedo”. “Sépalolo pues y déjese de la tembladera. ¡Sea varón!”.

No puedo echarle la culpa, hacía rato que esperaba que alguien me dijera eso para no tener que ir los domingos a misa a soportar el calor y al cura demorarse eternidades en la homilía; a escuchar su voz de anestesia, monocorde, como si hablara para sí mismo o se estuviera arrullando él también al escucharse. Yo cabeceaba esperando que Martica se parara a comulgar para pegar el *sprint* y ganarle la mano a Arturo que se las sabía todas y le metía conversación en la fila, se le ponía al lado o detrás y sabía qué decir; no como yo, siempre embarrándola: “el calor, uf, que sofoco. Ahora una hostia y después una buena rezada, ¿no Martica?” (¿cómo podía ser tan bruto?). Ella me miraba con esos ojos de sorpresa buscando a Arturo para que la rescatara de este tonto que se ruborizaba, que bajaba la cabeza y comenzaba a sudar avergonzado porque otra vez las estaba metiendo. Si Arturo no estaba por ahí se cuchicheaba con Anita y me miraban burlonas, con cara de

repugnancia o desprecio. Me daban ganas, entonces, de abrirme paso a empujones hasta el cura, arrebatándole el cáliz con la comunión, huir, dejarlas con las ganas del cuerpo de nuestro señor. Pero no, yo soy del grupo de los cobardes, me aguantaba las miradas de las dos, de las tres si se juntaba la Flaca y me escudriñaban como bicho raro. Yo sonreía inmune, iba por la calle del medio con mi botín de hostias en el fragor del escándalo: ¡miren a ese, quién lo pensaría!, ¡Roman, el hijo del profesor Dorovna! Si estaba de buenas se caía de su altísimo pedestal la estatua de la batalla de san Miguel Arcángel con el demonio; el ángel por un lado y el diablo liberado por otro. Habría quienes se desmayaran confundidíndome con el anticristo. Cuando me agarraran me revisarían encuerdo para encontrarme el 666. Pero la gente sabría en el fondo que yo era la víctima, que habían sido ellas las culpables, en especial Martica, que me convertía en insecto con su indiferencia, me hacía arrepentir de ir a misa; y yo en realidad era por ella que iba, me arrodillaba con la comunión en la boca, rogaba a Dios que le diera alas a mi lengua, que pudiera competirle a Arturo que las engatusa a todas. Pero Dios no me oía, estaba ocupado en peticiones serias y eso que yo nada de aquello, yo era el único casto de mi generación que eran unos perdidos y andaban con sus porno para arriba y para abajo. ¿De qué me servía? ¿Acaso Martica estaba más cerca? No: a dos años luz. Entonces uno, un pobre mortal que casi no peca,

.....  
\* Finalista en el Concurso Nacional de Cuento "La Cueva".



se conforma con ver a los querubines los domingos, con dormir el culto y despertar antes de la comunión para ver a Martica que me odia.

Decidí meterme a ateo. Fundé una secta con un solo miembro. No creía en Dios salvo antes de cobrar un penal, presentar un examen o sacar a bailar a una pelada. Era ateo en un ochenta por ciento de mi tiempo. Me paraba frente al balón y miraba al arquero. Decía para mis adentros: “Señor, si existes, regálame este gol”. Y zapatazo, el balón al fondo de la red. Levantaba los brazos y corría como loco, como Johan Krankl en el mundial del setenta y ocho. Y allí estabas tú, perfecta, la música de la transmisión del mundial: pampamturuntuntunturuntun. Me entraba, entonces, la duda metódica del maldito comunista. No había probado nada. Al próximo penalti oraba: “Diablo, si existes, regálame este gol”. Pegaba el carrerón y ¡zambán!, violento cañonazo del cañonero de la samba, Zico. Pampamturuntun. En seguida la incertidumbre del marxista: ¿existe?

“Ey, Cancerbero, hazme un favor: ¡persignate que te voy a fusilar!”, le indicaba al guardametas en la siguiente oportunidad

para ponerlo del lado de Dios y esta vez no le pedía el gol ni a Satanás ni a Jehová. Tomaba impulso. El rey Pelé se apresta a cobrar. Mira los ojos del cuidapalos y sufre un *déjà vu*: ha reencarnado en goleador en mil universos, ha cobrado millones de penales, sabe que vive una quimera, la acaricia con su pie y ¡gool! Pampamturuntun. Descartes, tú de nuevo.

“¡Oye, arquerito, que te ayude el cobarde Belcebú a tapar este penal!, ¡si es que existe!”, le grité en la siguiente ocasión al de turno para provocar la ira del demonio y obligarlo a que tomara partido en mi contra. Evidentemente ni me persigné ni pedí nada. Intenté poner mi mente en blanco. Ante ustedes su santidad Gregorz Lato y su zurda sagrada, toma impulso y ¡balazo inatajable! Pampanturuntun. Sentía, a pesar de la alegría de mis compañeros, que había un vacío existencial. (Es que en esos días leía *La náusea*). Ya los porteros se quejaban de mis groserías. Pero, qué pena con ellos, debía ser riguroso en mi investigación.

Ante ustedes el bombardero nazi Gerd Müller pateará este penalti con los ojos vendados. Se me acercó el árbitro a llamarme la atención, que respetara a los ad-

versarios. Le exigí que me demostrara que estaba prohibido cobrar con una venda en los ojos y revisó las reglas al derecho y al revés, así que me dejó en plena final del intercolegial castigar con un pañuelo tapando mis ojos. Le dije al arquero (hacia donde intuí que él se hallaba):

—¡Ey, cuidapalos, concéntrate en el balón y trata de atraparlo!

La finalidad era ponerle la mente en blanco para evitar que rezara. Igual yo. Ahora sí, ni con Dios ni con Satán. La experiencia perfecta. Me paré detrás de la pelota, la toqué con el pie para asegurarme de que no la erraría al mandar la patada. Gerd Müller, el máximo anotador de todos los mundiales, toma impulso en la oscuridad —suenan el pito—, lanza su pierna izquierda y... logró pegarle. Big bang. Luego la nada llenándose con mi energía, la masa en camino al futuro, el silencio redondo viajando veloz en el espacio, deformándolo, girando. La conecté de puntazo: era hija del azar. Luego el reloj del tiempo fue puesto en marcha por alguien que se arrastra y casi en simultánea vino la explosión de algarrabía de la gente gritando gol. Me sentí derribado, apachurrado. Me quité el pañuelo y logré ver a mi rival con los ojos aguaditos por las lágrimas, recogiendo el balón de la red.

Eso me llevó a comprobar que ni a Dios ni al diablo le interesan los penaltis, les importa un carajo el fútbol, y que, en realidad, deben estar ocupados en otros universos. Concluí que soy un salvaje para los cobros desde los doce pasos. El mago, me decían. De resto, llegaba a misa justo al momento de la comunión, pero no para comulgar, sino para rezar esa oración que lo libra a uno de cualquier demonio (sangre de Cristo santifícame, agua del costado de Cristo lávame, confórtame, embriágame). Opté por desaparecer de la vida de Martica. Cambiaría mi táctica por una estrategia

Ella allá en su penúltimo sueño y yo desde acá entrando en su cerebro. Para que su sufrimiento fuera equitativo al que me había infringido, la enamoraría y luego la dejaría con ganas de verme.

extrasensorial. Como mi debilidad era la palabra, la dominaría con mi mente.

Dios había escuchado mis súplicas y reconocía mi fuerza de voluntad para no enfrentarme a sus ministros, no asaltar la representación terrenal del cuerpo del cordero. Puso en mi camino a César. Él me descubrió su secreto después de una de tantas misas de despecho y vejaciones. Me presentó a su gurú Lobsang Rampa. Alcancé a leer lo básico: *El tercer ojo*. Pero yo necesitaba algo más vívido, así que César complementaba sus enseñanzas con los clásicos de *Kalimán*. “El dominio te hará invencible”. “Las cuatro a. m. es la hora en que la energía entra en los cuerpos en meditación”.

Ahí estaba yo en posición de loto recorriéndome centímetro a centímetro. Cuando alcanzaba alfa me dedicaba a dominar a Martica a través de la telepatía. Ella allá en su penúltimo sueño y yo desde acá entrando en su cerebro. Para que su sufrimiento fuera equitativo al que me había infringido, la enamoraría y luego la dejaría con ganas de verme. Agua del costado de Cristo escóndeme. Dios me abrió los ojos. Comprendí que me había enfrascado en amar a alguien que no era del tamaño de mi pasión. Y como era neófito en estas lides pasionales, mis nuevos amigos me abrie-

ron las puertas al submundo de las case-  
tas de arrabales donde sí le paran bolas a  
uno, donde no es necesario hablar, solo sa-  
ber bailar, dejarse amacizar. Las cosas eran  
como decían los pelaos: no tenemos caras,  
no tenemos nombres, somos astros gravi-  
tando hacia otros astros femeniles.

Aprendí a bailar toda una noche con  
mi sexo insurrecto. ¿Y cómo se llamaba?  
Los Cocos era un solar descubierto que  
quedaba en la calle cuarta, a orillas de la ca-  
rretera. En la cuadra no había iluminación  
pública porque quebrábamos los focos cada  
vez que los ponían. Se llegaba allá porque  
la música retumbaba a cuatrocientos me-  
tros. Uno tenía que agarrarse de las manos  
y entrar en fila india para mantenerse con  
el mismo grupo. La oscuridad solo per-  
mitía distinguir bultos, se veía que había  
personas recostadas a la pared, que otros  
danzaban, que otros estaban sentados; pero,  
poder decir “yo vi a fulano” era mentir. Al  
fondo había una zona cubierta, encerrada  
en vidrios polarizados, con aire acondicio-  
nado. Y si afuera era difícil guiarse, adentro  
era imposible. Me ponía la mano frente a  
la cara y la agitaba y no conseguía verla.  
Aprendí a no sentir vergüenza, yo me aferraba y ellas se aferraban, lo recibían a uno  
con un golpe de pelvis ubicado en el sitio  
exacto que provocaba la inyección de deseo,  
a eso lo llamaban sexo en seco. Masajeando  
permanentemente con el muslo les permitía  
verificar la precisión del estímulo, y de  
ahí en adelante era el camino sinuoso en-  
tre precipicios. No hubo domingo que no  
asistiera a ese ritual. Se llenaba entre siete y  
nueve, lo que implicaba que la mayoría nos  
escapábamos de misa. Nunca supe el nom-  
bre de ninguna.

Algún domingo pude entrar acompa-  
ñado a la pieza del aire (la boca del lobo, le  
decían) y fui hombre por primera vez. Fui  
estrujado, manoseado, cargado, escupido,  
besado, chupado y complacido. Yo tenía

catorce y esta mujer me levantó y me hizo  
una etcétera. Era un camello por lo gran-  
de, encorvada y fuerte. No era la mujer de  
mis sueños, era la antípoda de mis deseos.  
Calculé, a la velocidad de sus movimien-  
tos paquidérmicos y al calor de su fuerza  
descomunal, de la forma como me bajó los  
pantalones, me levantó como alfeñique y  
me incrustó en su ser, que debía pasar los  
cien kilos. Recostado a la pared helada del  
cuarto oscuro fui suyo. Fui de Martica, por-  
que yo me imaginaba a Martica, al agarrar  
su cuerpo desmesurado.

La culpa me hizo sentir en la hilera de  
la Inmaculada Concepción esperando mi  
hostia. Puedo recordar la *socca* que bailába-  
mos, pero en mí no había *socca*. Por ridículo  
que pueda sonar, en mi oído la champe-  
ta sufría una metamorfosis a un canto de  
iglesia. Recordé que en mi secta eso estaba  
permitido, que el dios que vivía las fraccio-  
nes de segundo de mi vida aprobaba mis  
acciones, se divertía haciéndome juguete de  
una mujer de Rabelais. Con la misma des-  
treza con que me alzó y me violó, me tiró  
al suelo y huyó. Pasaron meses infructuo-  
sos de espera. Llegaba temprano a tratar de  
distinguir la entre las sombras. Jamás volvió.

Olvidé a Martica. Podía caminar tran-  
quilo por su calle sin sentirme apenado, sin  
sentir que debía darle la vuelta a la cuadra  
para evitarla. No sé qué me había sido extir-  
pado del alma que había cicatrizado la llaga  
abierta de mi amor hacia Martica. Decidí  
abandonarla a su suerte, abandonar sus sue-  
ños de las cuatro. Se aclararon mis ideas, me  
comenzó a ir bien en el colegio, me escogían  
para los intercolegiados de cultura general.  
Llegaba al colegio de las monjas represen-  
tando a nuestro glorioso Colegio Santa  
Cruz; nos montábamos en la tarima y aba-  
tíamos a nuestros contrincantes. Hasta me  
hice amigo del sapo de Ramírez —Arturo,  
el hijo del rector— siempre con la mano le-  
vantada, siempre sabiéndolo todo, hablán-

dome de Borges, de Carpentier, de Rulfo, de Cortázar, de Gabo, con sus cuenticos de muertos bajo el brazo. Se lo dije: “salga de su casa, maestro, suelte los libros un rato; si no, le va a tocar escribir literatura fantástica toda la vida como a Borges. Vaya a Los Cocos, úntese de mundo, de hembras, y aprenda vulgaridades; tenga, loco: Miller, Joyce, Caicedo, Cepeda”. Quedó azul, mamando. No sé si los leyó. Yo me dedicaba a escribir mis noches de Los Cocos. Además, no veía por qué debía preocuparme en enderezar su rumbo.

Al que le enderezaron rumbo y rumba fue a mí. Todos los papás de cuarto de bachillerato del Santa Cruz se fueron a hablar con el profesor Ramírez para que abriera décimo y al otro año undécimo para graduarnos en nuestro colegio del alma, pero la señora Dora, la esposa del profe, sacó cuentas y dijo: “no se puede, no hay presupuesto”. “Ni modo —le dije feliz a papá—, tocó para Bogotá a la Escuela Militar”. Pero mi papá se fue adonde el profe y le dijo: “Compadre, que le parece si metemos a los muchachos al colegio de monjas”.

(*Close up* de mi cara: se distinguen mis poros y la piel sudada, luego el cambio de mis gestos. Película de terror, yo sonreía y segundos después solo muestran mi boca, mis dientes, mi garganta y la úvula que tiembla que se sacude y campanillea: “¡NOOO!”)

Yahvé y Leviatán no habían permanecido ajenos a mis experimentos teológicos, habían estado ahí escuchándome en esos partidos. Los imagino oyendo mis peticiones antes de los penaltis y cagados de la risa, diciendo: espérate, para que veas lo que se le viene encima. Amangualados contra un pobre cristiano. Ahora ejercían su legítimo derecho a la venganza y me embutían de cabeza en las entrañas de la iglesia católica. Y no solo eso, sino con el batracio de Ramírez, el último americano virgen.

Intenté protestar, pero fui acallado con una de esas miradas de papá que valen más que una cueriza. Al que no quiere sancocho se le dan dos totumas y bien calientes. Sóbate. ¿Ahora quién es el mariquita que estudia con monjas? ¿Quiénes eran los brutos, las brutas, las cerradas y trancadas por dentro? Y fijo que se acuerdan de ti los profesores “lerdos”. ¡Ay! ¿Y cómo era que les decías a los arqueros? ¿Cómo eran las morisquetas que le hacías al público? Te creías con inmunidad. De rodillas vasallo. ¡Perro!

Alumbra donde estés, decía el profesor Ramírez. ¿Cómo era? *Lumina spargo*. Mandarria muñeca e burro. Que tus derrotas sean una victoria. A sacarle el jugo a estos dos años antes del grado. La principal ventaja era que aquí lo que sobraban eran las mujeres, aunque después de Los Cocos mis amigas me parecían imperfectas, mutiladas. Rogué que al menos los curas y las monjas no se acordaran de mí. Pero la venganza es dulce: no solo se acordaban, sino que hubo un pacto entre los maestros para montármela. Además, de ahí para adelante y durante un buen rato me acosaron mujeres descomunales como si se hubiera corrido la voz de que yo me había dejado de una gigantona. Preciso, en el puesto de adelante tremenda vara de premios que me llevaba perdiendo el año porque con su afro no me dejaba ver el tablero. No contentos con eso otra niña igual de grande, estudiante de noveno, estaba dispuesta a hacerme odiar a Graham



Bell por su invento. Parecía un sonámbulo; pensar y pensar en Pantagruela me traía débil, ya no ganaba un pulso, me desconcentraba fácil y lo más seguro: me tendrían banquendo en el equipo de fútbol.

Rezábamos entre diez y doce veces al día, teníamos misa tres veces a la semana, catequesis cuatro horas, estudios bíblicos dos. El profesor de física pretendía hacerme echar raíces al lado del tablero. Para colmo me tocaba salir a recreo y ver a Martica tan linda con ese azul celeste del uniforme. De suerte que ya ese amor se había desvanecido en su totalidad y mis noches eran de Pantagruela, pero no podía resistirme a espiar de vez en cuando a Martica, disimuladamente. No le daría más gusto de saberme a sus pies, atontado por su carita linda. Prefería recrearme en mi secreto amor y reconstruir segundo a segundo esa noche. Pensar en aquella ballena. La memoria me jugaba malas pasadas y como no tenía referencias visuales me tocaba hacer un gran esfuerzo de imaginación para dar cara a algo que no lo tuvo. En el mejor momento de mis recuerdos en vez de rostro tenía una masa de plastilina o una piel resbalosa como un pez. Me aferraba a la esperanza de que no fuera tan grande y que una linda mujer se hubiera disfrazado de gorda para no ser reconocida. Entre las candidatas a ser Pantagruela confieso que tuve a Martica. Esperanzas vanas, sueños de un condenado al cadalso.

Cuando acepté psicológicamente que iba a ser bachiller del colegio de monjas me empezó a ir mejor. Fue Boccaccio quien me ayudó. Husmeando la pobre biblioteca del colegio encontré su *Decamerón* y lo escogí junto a otros Chéjov, Pushkin y Sholójov. Pensaba darles un vistazo somero en la mesa de la biblioteca, antes del toque de campana, mas la insistencia de la hermana bibliotecaria para que cambiara a Giovanni por otro italiano, por ejemplo, D'Amicis, me alertó de que había dado en el clavo. No solo lo

Me aferraba a la esperanza de que no fuera tan grande y que una linda mujer se hubiera disfrazado de gorda para no ser reconocida. Entre las candidatas a ser Pantagruela confieso que tuve a Martica. Esperanzas vanas, sueños de un condenado al cadalso.

presté, sino que de una lo leí sin parar desde ese instante hasta las tres de la mañana. De ahí en adelante no lo guardaba en el maletín, era mi libro de cabecera, era mi escudo y mi estandarte, lo llevaba en la mano con el título bien visible. Me daban ganas de mandarme tejer una cadena en filigrana de oro con la palabra DECAMERÓN. Con que esas tenemos con las monjitas y los curas. Se gozaron todo el Medioevo y el Renacimiento. Aquí estaba yo de testigo. Qué inspiración para estas soledades. En este pueblo en el que las publicaciones de ese tipo estaban vetadas era un tremendo descubrimiento. Éramos unos adolescentes finos, rendíamos culto a las costumbres de Onán con la más alta literatura; con los clásicos y con el *boom* latinoamericano: Bocaccio, Sade, D. H. Lawrence, Miller, García Márquez, Fuentes, Zapata Olivella; cualquier fragmento erótico hallado en la literatura aprobada por el establecimiento era de inmediata y obligatoria divulgación. Nos los sabíamos de memoria, los recitábamos, en eso no había egoísmos, primaba el bien común. Confor-

mábamos comandos que se encargaban de adentrarse en las habitaciones de las hermanas a rescatar las porno decomisadas. Realizamos los primeros juegos florales de literatura erótica que ganó Ramírez por la evidente parcialidad en mi contra del jurado, que no soportaba que hubiera incluido a sus ancestros en mi historia.

Llegaron los intercolegiados de fútbol y lo lógico era que ganáramos pues habíamos heredado la delantera y el mediocampo del Santa Cruz. Pero yo ya no era el de antes, ya no andaba con esa concentración al cien por ciento, andaba flojo y desganado, débil de leer a Boccaccio y de fantasear con mi cetácea. Fui considerado traidor cuando me negué a participar en el campeonato para no enfrentar al Santa Cruz. Me retiraron la palabra, callaban cuando me veían, se divertían en las indirectas, en los apodos.

Cuando suceden cosas así lo mejor es mirar para otro lado, zambullirme de lleno en la trigonometría, en la física, en la química, clavarme en el *Siervo sin tierra* que nos exigía el sacerdote de catequesis en vez de la lectura de la Biblia.

La profesora de “trigo” llevaba rajado a medio pueblo, y ahí se inician mis aventuras capitalistas. A sacarle provecho a estas afiladas de conocimiento, a esas fórmulas, nombres y conceptos que me zampaba letra a letra, número a número. A dos mil pesos examen de catequesis, a tres mil de química y física, a cuatro mil el de trigonometría con derecho a pasar las respuestas a diez estudiantes.

Dos meses me duró el jolgorio capitalista hasta que fueron detectadas mis prácticas por las directivas y me pusieron a hacer exámenes en los que no pudiera soplar a nadie, amén de la matrícula condicional y la regañada que me pegaron ante todo el colegio. Que era insólito este caso en el hijo de un maestro tan serio como lo era el

profesor Dorovna. De esa manera murieron mis iniciativas de libre empresa.

El tiempo y tanto problema me iban haciendo salir del alma a Pantagruela, había ido tergiversando su fisonomía por el olvido; ya no era la mujer inverosímil de la primera vez: era una mujer normal, de mi tamaño, con buen cuerpo. No había sido ella quien había tomado la iniciativa: yo la había conquistado. Era que ella tenía que viajar lejos al día siguiente y nos habíamos jurado amor eterno, que nos volveríamos a “ver” y esa vez habría luz para reconocernos.

El sermón con el que pretendieron hacerme sentir mal me hizo popular en el colegio. Tomé una imagen de loco o de extravagante que me sacó del anonimato; era visto por el resto de estudiantes como una especie de Robin Hood. Perdí el negocio de las trampas en los exámenes, pero me salió una buena tanda de clases particulares de inglés y matemáticas; unas por otras.

Pero la película era otra, tenía que hablar de mi saladera: habían cerrado Los Cocos por atentar contra la moral y las buenas costumbres. Para acabar de rematar me entero que Martica era bastante malita en matemáticas, que estaba a punto de enterrar el año y que le habían buscado profesor, alguien que la ayudara a salir a flote. Y esta es una adivinanza: ¿a quién se imaginan que contrataron? Exacto, al anuro de Ramírez. Fueron dos golpes a mi alma: no solo imaginar que Martica no tuviera claridad para algo tan sencillo como las matemáticas, sino que ahora tendría que soportar verla día y noche con ese metiche; además, la cercanía y la edad de Martica —bordeando los catorce— la harían propensa a ennoviarse con ese batracio de tanto verlo. Ya me lo imagino alardeando y descrestando con ecuaciones sencillas haciéndoselas ver más difícil de lo normal. Y es que mis pesadillas se juntaban, no bien salía de una y creía que mi vida tomaba un curso natural cuando

surgía un nuevo inconveniente. Durante el año y dos meses que siguieron a esa noticia me tocó presenciar la proximidad de Martica y Arturo; intenté contrarrestarlo volviendo a mis prácticas de inserción e intervención del pensamiento, de enamoramiento telepático, pero ese estaba haciendo bien lo que hacía. Lamenté haberle recomendado la lectura de Bukowski, temí por la salud espiritual, moral, de Martica en manos de ese corrupto, pero me tranquilizaba ver que él seguía pensando en brujas, mohanes, niños en cruz, *alephs* y toda esa gama de ilusiones que se había empecinado en embutirse en el cerebro. Es más, él no había perdido la fortaleza al pulsar, seguía igual de casto. Me comenzaba a caer bien. Me le acercaba y le decía: “Hermano mucha coronada la suya, ¿ah?, ¿quién iba a decirlo?, con Martica, la más cotizada del colegio”. Y de inmediato le lavaba el cerebro: “Mucho respeto con esa princesa, ¿no?”.

¡Qué karma! ¿Cuánto tiempo me iban a cobrar los insultos de los penaltis? ¿Qué debía hacer para ser recipiendario del perdón? ¿Qué más me tocaría vivir? ¿Qué tan marginal debía volverme? ¿Asceta? ¿Huir a los playones y soportar una mosquitera infernal, alimentarme de cañandonga, icacos, mangos viches, darme una cueriza con pringamoza? ¿Y luego de eso emergería el superhombre? ¿Tomar el oficio de un barquero y olvidar lo poco que sabía? Fue un tratamiento de desensibilización verlos de la mano y comprobar que a pesar del dolor en el pecho y las lágrimas yo continuaba vivo, iba a salir fortalecido de esta divina venganza, de esta infernal revancha, nada me importaría, sería un verdadero psicópata de tanto fingir no sentir nada.

César sacó de no sé dónde el *cassette* de *Sargent Peppers Lonely Hearts Club Band*, el mejor *long play* de la historia del rock. Me lo prestó y de ahí en adelante mi vida fue dormir escuchando, despertar es-

cuchando, alimentarme escuchando, amarme escuchando “Lovely Rita”. Yo me había vuelto un experto en eso de inventar mujeres y me bastó oír la música para tener una novia nueva, hermosa, que nadie me podía arrebatarse; mía y solo mía, diseñada a mi medida, soñada a mi tamaño. El romance con Rita duró lo suficiente para menoscarbar el dolor de ver a Martica y a Arturo y para sentir la melancolía de la separación cuando por fin César decidió que le devolviera el *cassette*.

En último año, contra todos los pronósticos, obtuve las más altas calificaciones en las pruebas de estado. Eso fue motivo de fotos, entrevistas, izada de bandera y exaltación de mi dedicación al estudio. Los mismos que un año antes me habían sometido al escarnio, ahora querían llevarme a todas partes. Mi suerte comenzaba a cambiar, las mujeres descomunales habían dejado de ser mi maldición, algún profesor caritativo había comprendido que la forma más fácil de ver el tablero no era que yo me empecinara en alargarme el cuello, sino cambiar de puesto a mi vecina de adelante. Mi otra admiradora telefónica había conseguido novio y me había olvidado definitivamente, y la nueva hermana rectora, quien era digna de una obra de Fernando Botero, había decidido que el colegio había sido injusto conmigo y que no me podían haber pedido un comportamiento convencional, que mis faltas eran y habían sido menores comparadas a ese orgullo de un puntaje tan destacado a nivel nacional; así que me levantó la matrícula condicional para regocijo propio y de mis padres.

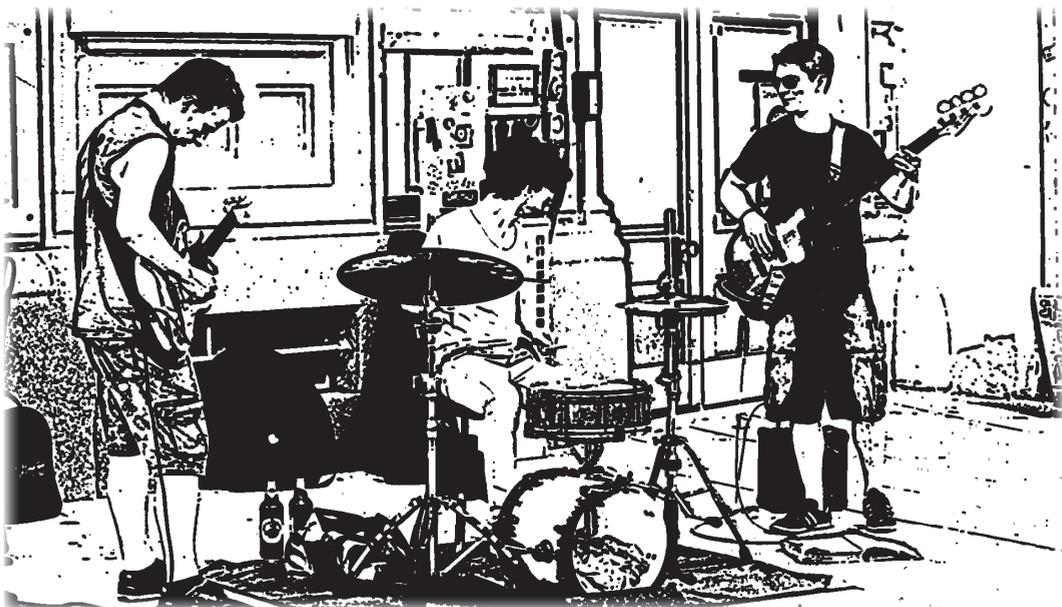
La madre superiora me adoptó como su protegido, lamenté que no hubiera llegado antes. Cuando leyó los discursos de despedida de los candidatos a decir las palabras de grado, confesó que jamás un discurso tan atípico le había despertado tantas nostalgias. Así que contra mis vaticinios —contra mi

empeño en escribir una nota polémica y profana que fuera rechazada por el jurado y dejara en posición de elegido a Rin Rin—, fui designado para tomar la palabra. Y a escribir se dijo. Un discurso de despedida se mide en el número de personas que lloran o ríen y los puse a berrear a todos, aun a quienes no me escucharon y supieron de mi arenga por comentarios de terceros. Yo lo consideré un fracaso porque en realidad había pretendido hacer algo muy divertido, algo que los enfermara de risa o que los indignara y los hiciera largarse del evento. Difícil saber qué podía tener de triste narrar mis goles o mis experiencias iniciáticas con Pantagruela en Los Cocos. Abrazos y más abrazos al bajarme de la tarima. Si este había sido mi infierno en la tierra, creo que lo había pagado.

Con el diploma en la mano me sentí poseedor de una boleta de excarcelación, libre por fin. Tendría que aguantarme el baile, estarme sentado unas cuatro horas tomando con papá, escuchando sus nostalgias, sacar a bailar una que otra nena y gozar lo que se pudiera del sonido de la “Ya se van”, el nombre con que nos referíamos a la orquesta del pueblo, la “Jazz Band”. Mañana estaría liberado de mi condena y

pasado mañana estudiando filosofía y letras o ingeniería electrónica o medicina o geología; me presentaría en la sede deportiva de Millonarios para ser su delantero estrella o del Santa Fe y los fines de semana tendría una banda de rock o un grupo de reggae o de cumbia: todo perfectamente planeado. Frente al conjunto musical nos hallábamos, encaramados en un entablado donde el maestro de ceremonias y el sacerdote habían oficiado durante la sesión de grados. Sonaba ese porro eterno que llaman “La butaca”. Habían encendido mi garganta dos rápidos rones servidos por papá. Desde mi puesto de vigía divisaba toda la fiesta, el redondel de las mesas de adelante en orden circular, el centro vacío para los bailadores. Tomaría otro par de tragos que disiparan el último de mis miedos a que cualquier mujer me rechazara una invitación a bailar.

Primero. Tres candidatas a esta primera pieza, en estricto orden de importancia: Emma, que andaba desnoviada; Elsy que se había peleado con el prometido y me debía dos exámenes; y Patico de noveno que me sonreía en la cancha de básquet. Martica, improbable, Ramírez la tenía amarrada a la pata de la mesa. Si ninguna salía con nada:



Lucía, que nunca dice no y es diversión segura pues no sabe bailar y se recuesta plena. Y ahí van a sonar baldosas el Mono, Machi, Ri, Perol, Comadreja, Borrachito, Charles, Mañe, Foncho, Checho, Mito y hasta el battracio soñador con Martica. Segundo. Papá habla de sus épocas en que él también era un “duro” y las viejas se lo peleaban. “Pida lo que quiera hoy mijo, que vamos a celebrarlo y nos llevamos después a los muchachos a tomarnos un sancocho de mondongo bien jalao, levanta muertos”. Tercero. Lo pongo a hablar del nueve de abril, de la pensión donde conoció a Fidel. De cómo escapó a las pandillas de conservadores que mataban liberales y a las pandillas de liberales que mataban conservadores. Cuarto. Llega un arquitecto del interior, muy famoso, interesado en que las casas de Mompox se queden tal cual las construyeron hace cuatro siglos, que ojalá saquen carros, tumben antenas, se vuelva a la iluminación con faroles de petróleo, que retornen fantasmas, lloronas, perros que botan fuego por ojos y boca, frailes descabezados, almas en pena por las calles para que puedan venir gringos a pasar par días y se diviertan viendo que aquí todo está intacto, como para una película. Yo meto la cucharada diciendo que todo está incólume y que alguien arriba lo está oyendo porque ya nos quitaron el teléfono, el acueducto fracasó y el agua nos toca sacarla de los pozos, se nos va la luz por meses y que en poco tiempo la mayoría de casas coloniales se van a caer de lo intactas que están porque no hay plata para reconstruirlas. El señor me mira con ganas de que papá me calle, pero papá por primera vez en la vida me da la razón, se echa a reír conmigo y el cachaco puya el burro. Yo estoy feliz, me meto el quinto con papá, y me decido.

Cuando me pare, seré capaz de conquistar a la mismísima señorita Colombia. Para levantarme me meto un sexto que vale por dos y me encamino hacia Mema. Ma-

mita hoy es su día y va a conocer varón; o a ti, Patico, te voy a enseñar a hablar, para que no solo me mires, sino que me digas cuánto te gusto y se te quiten las ganas de casarte con un político; o tu Elsy, que te dejas martillar detrás de las puertas del Colegio y ahora andas chillando porque tu novio se enteró, hoy nos vamos a trillar aquí en la tarima para que sufra. Me parece absurdo que esté sonando “María Barilla” porque debería sonar “Twist and shout”. A cada paso mío, “Twist and shout”. Canto “Twist and shout”. Me doy cuenta de que estoy bailando el porro como un rocanrol y espero que nadie lo haya notado. La distancia a Emma es el trayecto que separa al montañista que agoniza sin oxígeno, agotado, al pie de la cima del Everest. De repente mis pasos se pierden en el espacio y este se alarga, el tiempo se enlentece, como si estuviera en el mismísimo horizonte de sucesos. Este paso ya lo di y este también, camino una banda sin fin, un río que muere donde nace. ¿O será que estoy bailando como Jackson en “Billie Jean”? Y como no voy a la montaña, la montaña viene a mí porque todo es blanco, frente a mis ojos, desaparece Emma, desaparecen las mesas, estoy bailando frente a una gran muralla de nieve, un cerro en avalancha hacia mi cuerpo que me habla:

—¿Baila, Boccaccio?

Levanto los ojos y es la rectora con su cara enrojecida por las champañas que se empinaba. Pensé que era libre, pero fue un espejismo, solo me soltaron de sus dedos y descendí desenrollando la cuerda y ahora retorno a sus manos. Si era malo quedarme sin bailar peor aún es debutar con una monja, con semejante mastodonte que no me da lugar a que responda, me toma por una mano y, como quien arrastra a un perro por la cola, me saca al ruedo, aquí, donde todos me ven. Me toma del brazo, me lanza hacia su centro de gravedad y me sujeta por la cintura con torpeza. Suena el redoblante. Mi

El señor me mira con ganas de que papá me calle, pero papá por primera vez en la vida me da la razón, se echa a reír conmigo y el cachaco puya el burro.

cuello descansa en la base de una guillotina con una cuchilla que cae lánguida, y después platillos y trompetas precipitándose en un porro tapao. Y ella, como si hiciera parte de la banda, intenta un paso brusco adelante sin dejar que me acomode y su rodilla se estrella en mi placer. Siento vergüenza porque de inmediato estoy duro, macizo, y cuando su rodilla regresa estoy más recio aún y no sé si las monjas sepan de esto, pero me da y me da y me da donde es. Donde sepa de qué se trata con seguridad le arrebató el diploma a papá y lo hace pedacitos ante toda la concurrencia; mínimo se me notan las evidencias con este pantalón ajustado. Me arrepiento de haber fregado tanto por esos pantalones tan anchos que me querían comprar. Trato de retirar el cuerpo, pero no hay forma, me atenaza como Júpiter a la más pequeña de sus lunas. Y su rodilla va y viene. Seré el primer graduado expulsado minutos después de la entrega de diplomas. Sepultado entre su ancho hábito intento poner mi mente en blanco para apartar de mí el deseo, pero el deseo permanece, se aferra con sus uñas, con sus dientes, me muerde, clava su ponzoña y decido dejarme llevar.

Estoy agotado por su fortaleza, esta mujer hubiera sido campeona de lucha sumo, es una araña negra y pronto me devorará; al finalizar el baile estaré en sus colmillos y seré su alimento. No quiero mirar alrededor, quiero que a cada giro el suelo

nos vaya tragando como un tornillo que se hunde en la madera, igual a un feroz taladro que horada el piso. Pero los bailarines se abren, se separan unos de otros y comienzan a rodearnos, a hacernos la ronda, a llevar el ritmo con las palmas y la madre va a hacer lo que no quiero que haga, le voy a rogar que no me suelte, que por favor me deje estar así, estampillado a su ropa, a su piel como una lepra incurable, tatuado en su pecho. Pero no, ella de súbito me suelta y me hace girar sobre mi eje, me tira y me hala, me vuelve a hacer circular a su alrededor.

Si esta fuera una tribu agustiniana de Tierra Adentro, deberían arrodillarse ante mí. Si yo fuera una pintura de Grass sería reverenciado por este arte. Soy el dios de la fertilidad, el antídoto contra el mal de ojo, mi intento de aceptar otra religión ha fracasado y aquí voy de regreso escupido a mi secta que me permite ser un marginal. Escultura fálica. ¡Todos a mis pies! Yo también elevo mis brazos, muestro estas alas ocultas y me estiro, llamo a los danzantes a que “formen corro en torno mío y me escuchen” y aplaudo y canto este porro tapao, luzco mis dotes. Soy el más elegante y el más fuerte. Y cuando las faldas se agitan, se levantan y tiemblan en las manos, cuando abanicán buscando apagar este fuego y ríen, sé que me honran. La madre se compadece y me llama a su cuerpo y yo regreso sereno a sus hábitos que huelen a iglesia, al incienso que emana su anatomía.

Con la misma brusquedad con que me había llevado a bailar me abandona de improviso al finalizar “Vaca vieja”.

¿Qué hago aquí viéndola irse otra vez?  
—¡No volviste! —le grito.

No sé si me oye porque mi voz parece perderse en la música de la canción que inicia. Ella saluda y dice algo que tampoco escucho.

Con las manos en los bolsillos me siento con fuerzas para ir a buscar a Martica. ■